



76 KILÓMETROS

Ernesto García

76 KILÓMETROS



Primera edición: noviembre 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ernesto García

ISBN: 978-8-18958-52-6

ISBN digital: 978-84-18958-53-3

Depósito legal: M-31140-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para mi madre y Ana, a las que debo
un centenar de historias con final feliz;*

*A la memoria de mi padre y mi primo Manolo, y de quien
inspiró esta novela, mi suegro, Gabriel.*

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

El pasadizo de la reina	11
CAPÍTULO I. UNA TARDE DE VERANO	13
CAPÍTULO II. SUSANA.....	17
CAPÍTULO III. LA LEYENDA DEL PASADIZO DE LA REINA (PRIMERA PARTE).....	25
CAPÍTULO IV. CARTA DE DESPEDIDA	39
CAPÍTULO V. EL SALÓN HEXAGONAL.....	51
CAPÍTULO VI. JOÃO.....	75
CAPÍTULO VII. DIORAMAS.....	97
CAPÍTULO VIII. LA LEYENDA DEL PASADIZO DE LA REINA (SEGUNDA PARTE).....	121
CAPÍTULO IX. LA POINTE DE LA JONCTION.....	139

SEGUNDA PARTE

Cuatro versiones de lo que me jodió la vida	169
CAPÍTULO X. LO QUE ME JODIÓ LA VIDA (LA VERSIÓN DE SUSANA).....	171
CAPÍTULO XI. ARTE ABSTRACTO.....	193
CAPÍTULO XII. LA QUINTA DAS FLORES (SEGUNDA VERSIÓN DE LO QUE ME JODIÓ LA VIDA).....	213

CAPÍTULO XIII. EL ZULO.....	237
CAPÍTULO XIV. LO QUE ME JODIÓ LA VIDA (TERCERA VERSIÓN).....	251
CAPÍTULO XV. CUATRO DÍAS Y CINCO NOCHES EN LA CATEDRAL.....	279
CAPÍTULO XVI. LO QUE ME JODIÓ LA VIDA (CUARTA VERSIÓN).....	297
EPÍLOGO 76 kilómetros.....	336
CAPÍTULO XVII 76 KILÓMETROS.....	339
NOTA Y AGRADECIMIENTOS.....	355

PRIMERA PARTE

El pasadizo de la reina

CAPÍTULO I

UNA TARDE DE VERANO

El verano estaba siendo demasiado caluroso para esas latitudes. Un enorme moscón atravesó pesadamente la estancia y se posó sobre el rostro de João, que ahora, tras veinticuatro horas de torturas, parecía el de un eccehomo aplastado por una apisonadora. De uno de sus párpados pingaba una sustancia caliente y sanguinolenta que le sellaba herméticamente las pestañas. El otro ojo, el izquierdo, se asemejaba a una gran breva negra a la que hubieran practicado un fino corte, dejando a la vista parte de su pulpa roja y melosa. A pesar de ello, João no había perdido del todo la visión y, cuando sus captores se situaban a sus flancos, alcanzaba a otear a través de un ventanuco el sinuoso curso del río.

El río era pequeño pero separaba dos grandes países. Una de sus márgenes lindaba con la tierra de su infancia y la otra, con la de sus anhelos.

Impelido por la fiebre, se vio a sí mismo al borde de una de las playas fluviales de la ribera portuguesa. Metió sus manos de niño en las frías aguas y se refrescó la cara con avidez. Mientras, su padre —vestido con su uniforme de chófer— observaba fijamente una fortificación de piedra que, en la otra orilla, se alzaba majestuosa sobre una colina.

—¿Ves esa fortaleza enorme? —preguntó el padre con voz algo temblona.

El hijo cabeceó en señal de afirmación.

—Es la catedral de aquel pueblo que está a sus pies. Se llama Tui. En él nacieron tus abuelos, tu madre y yo, y también tu hermana. Todos menos tú.

—¡Vuestro pueblo! —clamó el pequeño súbitamente alborozado, con la boca y los ojos muy abiertos—. Entonces, aquel tiene que ser... ¡el Puente Internacional! —añadió mientras señalaba con el dedo índice una gran construcción de hierro.

Ahora era el padre el que asentía.

—¿Y es verdad lo que decía Susi, que el puente es el único camino que hay en toda la comarca para cruzar el río?

—No, hijo, eso no es del todo cierto. Existe otro lugar por el que se puede atravesar de un país a otro —comentó antes de añadir en tono misterioso—: Es un paso secreto del que casi nadie ha oído nunca hablar al que llaman ¡«el pasadizo de la reina»!

—¿El pasadizo de la reina?

Un nuevo golpe lo devolvió a la realidad.

—*Que carallo dis, cabrón?*

El torturador acercó su cara a la del guardia civil, que estaba a punto de desfallecer por la terrible paliza.

—Canta claro, *fillo* de puta, ¿quién más sabe lo del zulo?

Cuando alzó la vista, el otro hombre le lanzó a la cara un cubo de agua. João sintió el líquido resbalando por su cara.

—¡Padre, está empezando a llover!

El cielo se puso gris y los primeros truenos del verano retumbaron en la lejanía.

—Ven, hijo, ven.

Abrió la gabardina de par en par y, cuando el chaval se abrazó a su cintura, la cerró de nuevo sobre él cubriéndole la cabeza y parte del torso. El niño sintió la fuerza de los brazos que lo arropaban, el calor del forro del gabán y un intenso olor a colonia Varón Dandy. Ya nada tenía que temer; nada malo podía ocurrirle dentro de aquel refugio.

—Vámonos, es tarde. El señor nos espera y aún tenemos casi una hora hasta llegar a Braga —dijo el padre presuroso.

Empapados por el repentino aguacero, llegaron corriendo a la carretera, en cuya cuneta estaba estacionado el flamante Bentley del señor Moura. En cuanto João se acomodó en la parte de atrás del automóvil, preguntó ansioso por el enigmático pasadizo.

—Ahora no, hijo.

—Por favor, padre, por favor.

—Mañana. Ahora tengo que conducir.

Antes de partir, se giraron para ver, por última vez, la silueta borrosa de la catedral.

El niño João se arrellanó en el asiento. Estaba muy cansado, tan cansado como el João adulto, ahora ya al límite de sus fuerzas. Lo último que oyó fue el sonido de un motor, como el de un coche o el de una sierra eléctrica al ponerse en marcha, pero duró unos pocos segundos. Después, solo hubo silencio.

CAPÍTULO II

SUSANA

Por tercera noche consecutiva me volví a despertar sobresaltada y con el camión empapado en sudor. La maldita pesadilla que me perseguía desde hacía más de cuarenta años había vuelto a reaparecer. Respiré lentamente para intentar tranquilizarme, pero apenas lo conseguí. Intenté incorporarme de la cama y unos terribles calambres atenazaron todos y cada uno de mis músculos, lo que hizo que me acordara, con cierto alivio, de mi cita semanal con el doctor Ripoll.

Aunque era temprano, apretaba el calor, así que abrí todas las ventanas de par en par. Solo después de tomarme mis pastillas con un café negro, empecé a sentirme algo mejor. A continuación, ojeé la *Tribune de Genève*, del día anterior, sentada en la taza del váter y me duché evitando ver mi reflejo en el espejo. Luego, me puse un vestido amplio que disimulaba mi sobrepeso y enfilé mis pasos hacia la calle.

Al salir del portal, me tropecé con monsieur Janowitz, que se disponía a abrir su zapatería. A esas horas de la mañana, mi vecino siempre llevaba ya un par de copas de Williamine en el estómago, por lo que solía tener la lengua demasiado floja. Hoy no me encontraba con ganas de soportar sus bromas.

Se dirigió a mí sonriente:

—*Bonjour*, madame Sousa, *comment ça va?*

—*Bonne journée*, monsieur —le correspondí secamente, mientras aceleraba dolorosamente el paso.

Monsieur Janowitz se acercó tambaleante hacia mí, por lo que aumenté mi velocidad. En una exhalación, llegué a la esquina de la *rue* de l'Est, pero, incluso a esa distancia, seguí oyendo a mi espalda su parloteo inconexo.

Cuando divisé las cúpulas doradas de la iglesia rusa, junto a la que se encontraba la consulta del doctor Ripoll, casi no me tenía en pie.

Subí como pude las escaleras que iban a dar a la explanada en la que se asentaba la basílica, la bordeé, crucé una calle lateral y, por fin, llegué a mi destino. Estaba tan agobiada por la elevada temperatura y la humedad que descansé unos instantes en el umbral del imponente edificio mientras observaba la discreta placa dorada que anunciaba la clínica: DR. JAUME RIPOLL. RÉÉDUCATION ET PHYSIOTHÉRAPIE. 4ÈME CENTRE.

El portal estaba abierto. Atravesé el largo pasillo, al final del cual se encontraba el ascensor, que —¡no me lo podía creer!— estaba averiado.

Cuando llegué a la consulta, después de subir penosamente las escaleras, pulsé el timbre con insistencia. Estaba muy enfadada y, hasta que no me abrieron, no separé el dedo del pulsador. Me abrió el doctor en persona.

—Ese ascensor es una mierda —dije sin aliento.

Al verme tan sofocada, intentó tranquilizarme.

—Cálmese, por favor, y respire despacio.

Me irritó que me hablara en francés. Saqué un cigarro del bolso y lo encendí. El doctor abrió los ojos como platos.

—No debería...

Al ver mi mirada furibunda, no se atrevió a terminar la frase. Solo añadió:

—Pase, por favor. Daré instrucciones para que lo arreglen inmediatamente.

Me acompañó a su despacho y me dijo que esperara dentro un instante mientras llamaba a la *régie*. Antes de cederme el paso, señaló la pequeña mesa de oficina de la antesala y, en tono de disculpa, dijo algo sobre que su asistente estaba enferma o algo parecido.

Desde la habitación —elegante, pero de una sobriedad que exhalaba una cierta tristeza—, oí la conversación telefónica, tan monocorde que parecía que estuviera dejando un mensaje en un contestador automático.

Luego, sentí sus pisadas a mi espalda y noté cómo sus dedos rozaban tímidamente mi hombro mientras añadía: «Todo resuelto».

Se sentó frente a mí y comenzó la sesión de la manera habitual: preguntándome —en un perfecto francés— cómo había pasado la semana, si había notado alguna mejoría desde la última vez que nos habíamos visto, qué parte del cuerpo me dolía más...

Siempre, desde que empecé a acudir a su consulta, cuando se dirigía a mí empleaba como tratamiento un correcto «madame Sousa»; y yo con él, un educado «doctor Ripoll», esforzándome en pronunciar su apellido catalán de la manera más correcta posible. Pero ese día, todavía irritada por la agotadora subida de las escaleras, decidí fastidiarlo sustituyendo adrede la *elle* final de su apellido por una *e* clara y rotunda.

En los cinco minutos que llevábamos hablando, lo había llamado «doctor Ripol» una decena de veces cuando, por fin, se atrevió a corregirme.

—Perdone, madame Sousa, mi apellido es Ripoll, no Ripol.

—Sí, claro, Ripol —le dije simulando extrañeza.

—No Ripol, sino Ripoll, con *elle* —me corrigió de nuevo.

—¿Ripoch? —intenté pronunciarlo sin acritud.

—No, no. Erre, *i*, *pe*, *o*, *elle* —deletreó—: Ripoll.

—Ah, ya. Erre, *i*, *pe*, *o*, *elle* —deletreó—: ¡Riiii...poch!

—No, no; pruebe a decirlo como otras veces, terminado en *elle* de lluvia.

—Ya entiendo, terminado en *elle* —ya me empezaba a costar aguantar la risa—. A ver ahora: Ri... ¿poil?

Fue entonces cuando el doctor eligió la frase equivocada. Con un tono entre desesperado y molesto, dijo:

—Inténtelo de nuevo, madame Sousa, verá que no es tan complicado.

Salté como si, de repente, me hubiera metido el dedo en el culo.

—Perdone, doctor, pero no entiendo cuál es el problema —le dije con un enojo más que evidente—. ¿Cuánto hace que nos conocemos?, ¿diez meses?, ¿un año aproximadamente? Pues mire: llevamos todo este tiempo hablando en francés y nunca le ha molestado mi aberrante pronunciación. Es más, en alguna ocasión, aunque contadas, lo he oído charlar por teléfono en español y lo habla perfectamente; pero usted, a pesar de mi dificultad para los idiomas, no se ha dirigido a mí ni una sola vez en castellano. ¿Qué más le da entonces Ripoil que Ripoch que Ripoll? —pregunté a modo de colofón, molestándome en pronunciar esta vez la *elle* de forma escrupulosa.

Ante mi alegato, el doctor agachó su cabeza gruesa y casi calva, y permaneció en silencio durante unos segundos. Luego, levantó su cara roja como un tomate y en un balbuceante español dijo:

—Le pido mil disculpas. Tengo tan pocas ocasiones de practicar mi lengua materna que, cuando la hablo, me parece que cometo muchos errores.

Ahora era yo quien se sentía incómoda. Parecía tan abatido que decidí enterrar el hacha de guerra. Con callarme hubiera sido suficiente, pero no pude reprimir mi don de la inoportunidad y le hice una desafortunada recomendación:

—Tal vez debería relacionarse con más españoles —sugerí con cierto retintín—. En Ginebra, hay muchos.

—Tal vez —dijo lacónico.

Me mordí el labio, aunque él no lo percibió, y encaminándome hacia el biombo para desnudarme, le pregunté intentando sonreír:

—¿Empezamos, doctor?

Siempre que me tumbaba en la camilla, cubierta solo por un ligero camisón de hospital, me sentía extremadamente violenta; no por pudor, que nunca lo he tenido, sino porque me veía gorda y me daba la sensación de que mis carnes desbordaban los márgenes de

la colchoneta. Pero ese día, además, me encontraba agotada por el insomnio y apesadumbrada por la discusión con el doctor. Fue entonces cuando, de forma incontrolada, me puse a llorar como una niña. Hipaba y moqueaba, y las lágrimas resbalaban por mi cara. El doctor me ofreció un clínex, y otro, y otro más; así, hasta casi vaciar el paquete. Después, me dio un vaso de agua y una pastilla de color rosa.

—Tómesela —dijo en tono imperativo—. Verá cómo se siente mejor.

Seguí su consejo y me volví a recostar. Lloré de nuevo, pero esta vez me cubrí la cara con las manos.

—Respire profundamente e intente relajarse —sugirió, esta vez con suma delicadeza.

—Discúlpeme, doctor. No sé qué decir —musité tras un instante en silencio—. Estoy tan avergonzada... Entre unas cosas y otras, menudo día le estoy dando.

—No se inquiete en absoluto. Todos tenemos días malos. Lo que me preocupa como médico es que su estado anímico pueda afectar a su enfermedad —señaló antes de preguntar—. ¿Duerme usted bien?

—Últimamente, nada —suspiré.

—¿Y a qué cree que es debido?

Aunque por un instante dudé de si sería capaz de someterme a lo que parecía que iba a ser un interrogatorio, respondí con claridad:

—Tengo pesadillas.

El doctor, sin darme tregua, me interpeló de nuevo:

—¿Y siempre sueña lo mismo?

Me extrañó la pregunta. Me quedé ensimismada unos segundos.

—Le extrañará la pregunta —dijo el doctor como si me hubiera leído el pensamiento—. Aunque no ejerzo como psicoanalista, es una disciplina que conozco bien. Para mí, y para otros muchos, la medicina es una ciencia integral, por lo que no concibo el tratamiento del cuerpo como algo disociado de la mente. Permítame que insista: ¿sus pesadillas son reincidentes?

—En muchas ocasiones.

—¿Y le importaría contarme con qué sueña?

Tomé conciencia de que, llegados a este punto, no podía ser descortés, por lo que me armé de valor y comencé a hablar de forma atropellada.

—Es una noche cerrada y oigo caer la lluvia sobre las aguas de un río. Tengo doce o trece años, no más. Mi madre y yo estamos sentadas en una barca encallada entre los matorrales; con una de sus manos aprieta con fuerza mi cabeza contra su pecho y con la otra sostiene un candil de carburo; tiene el abdomen hinchado, pero no sé por qué —paré un momento para coger aire—. Entonces, sentimos que alguien se aproxima y noto cómo mi madre tiembla. Es mi padre. «¡Apaga la luz, coño!», dice, y de un manotazo tira la lámpara al suelo de la embarcación.

»De repente, aparecemos en medio del río, inmóviles, aunque mi padre rema desesperadamente. “¡Alto! —dice una voz a lo lejos—, ¡alto o disparo!”, pero no se oye ninguna detonación. Empieza a entrar agua en la barca y empapa mis zapatos; llevo puestas unas merceditas rojas con lunares negros. Me pongo a llorar. “¡Calla, hostias!”, dice mi padre —me detuve de nuevo, recordar el sueño empezaba a resultarme doloroso, pero, ante la insistencia del doctor, seguí con mi relato—. Mi madre se sujeta el vientre y se retuerce de dolor; mira a mi padre, pero él la ignora, solo rema y rema. La visión de las palas entrando y saliendo de las aguas negras, una y otra vez, persiste durante un rato. Entonces, aparecemos en tierra firme. Sorprendida, me parece oír llorar a un niño; es un sonido débil, pero cercano. Aun así, no logro determinar el sitio exacto de donde proviene. Mi padre sostiene una especie de fardo en sus brazos; ¡de ahí sale el llanto! Intento localizar a mi madre para decírselo, pero no la veo. La busco desesperada en la oscuridad; la llamo a gritos: “¡Madre, madre!”. Justo en ese momento, me despierto angustiada.

El doctor me acercó una bata que descolgó de un perchero situado junto a la camilla.

—Tenga, vístase.

—¿Y la tortura? —solía referirme así a las sesiones de fisioterapia.

—Por hoy ya ha tenido bastante tortura.

Mientras me vestía, oí cómo tecleaba en el ordenador. Cuando terminé, me acerqué y saqué el monedero con intención de aborrecerle la consulta.

—No, por favor —dijo ofendido—. Permítame resarcir de alguna manera el incidente del ascensor.

Ya en la puerta, me entregó una receta.

—Tómese media pastilla una hora antes de acostarse.

Después, me estrechó la mano y añadió:

—Hasta el próximo jueves, madame Sousa, y reitero mis disculpas. Espero que tenga una buena semana.

—Adiós, doctor, hasta el jueves.

Crucé la puerta y giré la cabeza; él aún estaba allí de pie.

—Gracias por todo —le dije.

El sol del mediodía me cegó al salir a la calle. Aunque seguía estando muy cansada, el camino de vuelta a casa me resultó un poco más agradable; los músculos me dolían menos y la charla con el doctor me había traído cierta paz. Nada más llegar a la puerta de mi edificio, vi tras el escaparate a monsieur Janowitz, que apilaba cajas de zapatos en una estantería. Golpeé con el dedo índice el cristal, miró hacia mí y ambos nos saludamos con un gesto. Pulsé la clave de acceso al portal, entré y abrí el buzón para ver si tenía correspondencia. Entre un montón de folletos publicitarios, había un sobre azul en el que se podía leer en letras grandes la palabra TELEGRAMA. Lo abrí.

Ministerio del Interior. Dirección General de la Guardia Civil. España. Lamentamos comunicarle que, en el día de ayer, falleció en acto de servicio el

teniente D. João Sousa Carballo. El funeral tendrá lugar mañana, día 6 de julio, a las 12:00 horas, en el Cementerio de Pereiró (Vigo). Durante la ceremonia se hará entrega a los familiares de la Cruz de la Orden del Mérito del Cuerpo de la Guardia Civil, que le ha sido otorgada a título póstumo. El cónsul en Ginebra, Ilmo. Sr. D. Antonio Díaz de Mendizábal, atenderá personalmente cualquier requerimiento que precise para su desplazamiento a España. Le acompaña en el dolor, el director general de la Guardia Civil.

CAPÍTULO III

LA LEYENDA DEL PASADIZO

DE LA REINA (PRIMERA PARTE)

Nada más llegar a Braga, el padre de João tuvo que marcharse inmediatamente a Coimbra para dejar a su hija Susana en la Universidad y, de paso, hacer unas compras que le había encomendado su patrón. Durante el tiempo que estuvo fuera, el niño no dejó de pensar en la historia que este le había contado. Así que, a su regreso, en cuanto se bajó del coche para darle un beso, João le pidió suplicante que le hablara del misterioso pasadizo de la reina.

—Espera por lo menos a que descargue —dijo, mientras se metía de nuevo en el vehículo repleto de bultos hasta los topes.

La cochera estaba a unos dos kilómetros de la entrada a la finca, pero, cuando el padre llegó, João ya estaba allí esperándolo, resoplando por el esfuerzo de una rápida carrera a través de un atajo.

Al salir del automóvil, el chaval empezó a correr y saltar a su alrededor como un perro faldero.

—¡Venga, padre, cuéntemelo! —repitió una y otra vez.

—Tendrás que esperar un poco más, hijo —contestó el padre simulando seriedad.

João lo miró enfurruñado. El padre puso una mano en su cabeza, le revolvió el pelo y añadió sonriente:

—Tengo una sorpresa para ti.

Al ver el poco entusiasmo de su hijo ante la noticia, continuó hablando:

—Ya sabes que mañana es día de feria. Pues, prepárate, porque... —hizo una pausa para aumentar el suspense— ¡allí estará la persona que mejor conoce la historia del pasadizo de la reina! Es un viejo amigo. Él te la contará, y lo hará mucho mejor que yo, porque es de los pocos que se saben al dedillo todos los detalles.

Como era previsible, esa noche el pequeño no pegó ojo. A la mañana siguiente, cuando su padre fue a despertarlo, se lo encontró aseado y vestido. Estaba tan nervioso que no tenía apetito, así que únicamente desayunó un vaso de leche y un pedazo de pan.

De camino a la plaza del pueblo, el niño preguntó una y mil veces por la identidad de su amigo, a lo que el padre, para mantener la intriga, solo respondió de forma repetitiva con un lacónico «ya lo conocerás».

Una vez allí, se cogieron de la mano y se dirigieron a una pequeña carpa de lona situada entre varios puestos de frutas y verduras. Junto a la entrada, un cartel multicolor anunciaba el espectáculo: O GRANDE MATUSALEM, JO HOMEM MAIS VELHO DO MUNDO! Un poco más abajo, en letra muy pequeña, una frase describía el trabajo del oficinista: CONTADOR DE HISTÓRIAS E MARIONETISTA.

—Es aquí —dijo el padre de João, mientras tiraba de él hacia el interior de la barraca.

El habitáculo era bastante más espacioso de lo que aparentaba desde fuera y estaba repleto de niños —la mayoría acompañados por sus madres— que se revolvían sobre destartaladas sillas de madera. Un joven con la cara sucia, que portaba un cestillo, se acercó a ellos para cobrarles la entrada y acomodarlos.

—Siéntate aquí y espera un momento —dijo el padre mientras se encaminaba hacia un escenario situado sobre una tarima.

João le vio atravesar una portezuela que había camuflada al fondo. Al rato, salió y se sentó junto a su hijo.

—¿Dónde has ido? —preguntó el niño.

—A saludar a mi amigo. Me ha dicho que saldrá de un momento a otro.

En ese instante, se abrió la misma puerta por la que antes había entrado el padre. De ella salió un hombre encorvado, vestido con una túnica oscura que le llegaba hasta los pies y cuyas amplias mangas se prolongaban hasta las últimas falanges de sus dedos. Una larga melena blanca le caía por los hombros y una poblada barba cana le cubría la cara y gran parte del pecho.

—¡Qué viejo! —exclamaron varios niños al unísono.

El anciano tosió con dramatismo y se apoyó sobre una cayada de madera. Tan conseguido estaba el maquillaje que llevaba el actor que a ninguno de los adultos allí presentes le extrañó que, bajo la penumbra, los pequeños creyeran que realmente se encontraban ante el hombre más viejo del mundo.

Se sentó lentamente en una silla y, cuando se hizo el silencio más absoluto, empezó a hablar con una voz penetrante:

—En un hermoso lugar, regado por las aguas de un misterioso río, ocurrió una fantástica historia, cuyo relato ha ido pasando de boca en boca y de generación en generación. Para algunos, es solo fruto de la fabulación; para otros, lo que aconteció fue tan real como la vida misma.

»Sucedió en una época tan lejana que, en aquellos días, el más anciano de los hombres que hollaban la tierra apenas contaba medio siglo y el más alto medía poco más de metro y medio.

—¡Qué enano! —exclamó un crío regordete de la primera fila.

—¡Calla, niño! —le espetó una señora que había justo detrás.

El hombre más viejo del mundo se levantó, dio dos pasos a la derecha y recorrió una cortina tras la que se ocultaba un teatro de marionetas, al fondo de cuyo proscenio había pintada una gran montaña nevada. De repente, surgieron de debajo dos recortables de cartón coloreado, cada uno de los cuales representaba un conjunto de soldados a caballo. Lentamente, uno de los grupos empezó a moverse hacia un lado hasta desaparecer; el otro, un poco más tarde, hizo lo mismo, pero en dirección contraria.

Mientras sucedía la escena, Matusalem abrió los ojos como si se le fueran a salir de las órbitas e, imprimiendo a su voz un calculado histrionismo, continuó hablando en su cerrado portugués del norte del país:

—Todo comenzó cuando dos tribus vecinas, enemigas irreconciliables, abandonaron sus tierras, cercadas por una terrible plaga, y emprendieron sendos viajes hacia el sur en busca de nuevos asentamientos. Una lo inició mediada la primavera y la otra, al comienzo del verano.

»La primera expedición atravesó la gran montaña sorteando los peligros del deshielo y, al llegar a un punto en el que el camino se dividía en dos, tomó la senda de la derecha.

»La segunda partida cruzó también el encrespado monte, ya seco por el calor estival, pero, cuando llegó a la bifurcación, optó, sin embargo, por continuar su marcha por el sendero de la izquierda.

»Después de varios meses de caminata y muchos avatares, los que partieron primero decidieron instalarse en el extremo de una península, junto a un río, en una zona verde y húmeda que se asemejaba a las lejanas tierras que habían abandonado.

El viejo interrumpió su relato y, dirigiéndose al auditorio, preguntó—: ¿Alguien se atrevería a decirme el lugar al que fueron a parar?

El padre de João, siguiendo las instrucciones que previamente le había dado el cómico, se levantó de su asiento.

—Podría ser la península ibérica..., y el río..., el Miño, posiblemente —respondió en voz alta, mientras su hijo lo observaba con admiración—. El lugar exacto ya es más complicado. Tal vez algún lugar de Portugal próximo a su margen, como Monção o Valença; o a lo mejor de España, quizá Salvaterra o Tui.

—¡Increíble, caballero!, ¡acertó usted a la primera! —exclamó Matusalem alborozado—. Efectivamente, el lugar en el que se

asentaron fue lo que hoy se llama Valença do Minho, una localidad que todos conocéis, situada a pocos kilómetros de aquí.

João recordó inmediatamente que fue, precisamente en ese pueblo, donde su padre le había hablado por primera vez del pasadizo de la reina un par de días atrás.

En el momento en que el cuentacuentos retomó la narración, surgió una marioneta de felpa por uno de los laterales del teatro de títeres. Iba sentada sobre una barquita de madera y portaba un pequeño remo en cada mano. El muñeco fue paleteando torpemente hasta el otro extremo, donde se encontraban otras dos figurillas de trapo semiocultas tras un trampantojo que simulaba unos matorrales. La escenografía había cambiado y la montaña había sido sustituida por un redondo sol. En primer plano, una cartulina pintada con olas blanquiazules se deslizaba en horizontal de un lado a otro.

—Una tarde, un audaz pescador se adentró con su embarcación en el río. Al aproximarse a la otra orilla, le pareció oír unas voces tras los tupidos cañaverales de la ribera. «¿Quién se habrá atrevido a llegar hasta aquí?», se preguntó extrañado. Se acercó con sigilo hacia el lugar de donde provenía el rumor hasta que, por fin, consiguió distinguir con bastante claridad una conversación entre dos hombres. Ya estaba a punto de hacerse ver cuando, al oírlos con más detenimiento, cayó en la cuenta de un importante detalle: de que, al hablar, los contertulios pronunciaban las «eses» de una curiosa forma silbante, una peculiaridad que no le resultaba en absoluto desconocida porque así era cómo hablaban, allende las montañas, sus antiguos vecinos y eternos rivales. Aterrado, viró de inmediato su embarcación, pero no sin antes ser visto.

»El azar, en una rara pírqueta, había querido que ambas tribus, aun viajando por diferentes caminos, arribaran a las mismas tierras, solo separados los unos de los otros por las frías aguas del río. A partir de ese día, el Miño se erigió en frontera entre ambos pueblos y fue testigo del inicio de nuevas luchas.

João tiró de la manga de la chaqueta de su padre para llamar su atención:

—Entonces, la otra tribu fue a parar a Tui, ¿no, padre? —preguntó bisbiseando.

Este acercó sus labios al oído del niño y, en tono apenas audible, respondió:

—Así es, hijo.

João sonrió orgulloso por su perspicacia, mientras la marioneta de los remos giraba su barca haciendo aspavientos y marchaba rauda en dirección contraria a sus adversarios.

—Un día, el rey de las tierras situadas al norte del río, cansado de tanto derramamiento de sangre, decidió proponer una tregua a sus enemigos. Pero el cruel destino intervino de nuevo e hizo que, antes de iniciar las primeras negociaciones de paz, le sobreviniera la muerte.

»Podría parecer que todo estaba perdido. Sin embargo, no fue así, ya que la suerte quiso que el rey, antes de morir, le contara a su amada hija sus nobles propósitos. Aunque solo era una niña, esta decidió, con coraje y determinación, asumir la responsabilidad y hacer realidad el sueño de su padre. Así que, durante semanas, la pequeña heredera, ayudada por sus más leales siervos, se dedicó a poner en marcha el plan que le había sido revelado; hasta que, por fin, llegó el día señalado para firmar el compromiso de reconciliación entre ambos reinos.

»De camino al embarcadero, la pequeña recordó las palabras de su padre, el rey: “En tus manos está el futuro de dos pueblos”. Una vez allí, se acomodó en una barcaza, ayudada por una de sus sirvientas, y dirigió su mirada al otro lado del río, donde un trío de jinetes se abría paso entre los fresnos. El más gallardo de los tres —del que por su porte y mocedad dedujo que era el príncipe heredero— bajó de su montura, se quitó la armadura y se acercó a la orilla hasta meter los pies en el agua.

»La pequeña reina y el joven guerrero —este en nombre de su padre, que por una indisposición de última hora había delegado en

él su representación— habían acordado que, al salir el sol, partirían solos para sellar el pacto hacia el lugar elegido: el islote situado en el centro del río.

»Si bien la mayoría de los aspectos de la reunión habían quedado fijados previamente gracias a los contactos mantenidos mediante emisarios, existía un problema aún sin resolver: ¿cómo iba a poder una niña remar sola tal distancia? Ahora, mientras el cielo clareaba, un enigma imprevisto se sumó al anterior: ¿de qué manera iba a llegar el príncipe a la isla si carecía de embarcación?

»Cuando la cría se aferró a los remos, con enorme dificultad por su poca envergadura, el escepticismo hizo mella en los testigos presentes. Pero las dudas se despejaron enseguida al ver cómo, con una fuerza inusual para tan corta edad, enderezaba la gabarra y la dirigía con decisión hacia su destino.

»Había recorrido unos pocos metros cuando levantó su cabeza y vio cómo el joven guerrero se adentraba de forma temeraria en las profundidades del río. En unos segundos, el agua llegó hasta su cintura; no obstante, continuó avanzando. Los espectadores de ambas orillas observaban expectantes, pero cuando el agua le cubrió los hombros, un rictus de terror se dibujó en sus rostros. “¿Qué pretendía hacer?”, pensaron todos al ver cómo se encaminaba hacia una muerte segura. De repente, saltó hacia adelante como un pez y empezó a braccar torpemente en dirección a la isla. Ninguno de los que allí se encontraban podía creer lo que estaba viendo, porque, en aquellos tiempos remotos, nadie, absolutamente nadie, había visto nunca a un ser humano nadar.

A estas alturas, los espectadores más pequeños, totalmente entregados, observaban fijamente a los guiñoles que estaban ahora en escena: dos muñecos de trapo —un niño y una niña tocados con sendas coronas—, de pie sobre un montículo, en cuyo centro había una palmera sobre la que revoloteaban dos aves de pico ganchudo. Los adultos, por su parte, seguían con deleite la brillante interpretación del actor; al igual que João, que, aunque desconocía

el significado de algunas de las palabras que pronunciaba, no perdía detalle.

Llegados a este punto, el hombre más viejo del mundo se llevó a la boca un cuenco que había sobre una mesa diminuta situada junto a él y trasegó con ansia su contenido.

La sala estaba en total silencio cuando una suave música empezó a sonar. Era una alegre melodía interpretada con una flauta, una pieza clásica del folclore portugués que los padres presentes enseguida reconocieron.

Apoyó el recipiente vacío sobre el velador y continuó.

—En cuanto la reina plantó sus pies en tierra firme, decenas de pájaros salieron en desbandada. La isla era pequeña y de forma ovalada, y su vegetación era tan densa que, a primera vista, parecía ocupada en casi toda su extensión por un solo arbusto gigantesco y estrafalario. La única zona despoblada era la diminuta porción de arena en la que estaba encallada su barca. Miró a su derecha y a su izquierda, pero no vio a nadie, lo que le produjo una gran inquietud. «No le habrá dado tiempo a llegar todavía», se dijo a sí misma. Oyó entonces unos pasos tras la espesura y su cuerpo se estremeció.

»—¿Quién anda ahí? —preguntó».

»—No temas, soy yo, ¿quién si no? —dijo el príncipe mientras asomaba su rostro adolescente; y, al verla, añadió altanero—: ¡Pero si eres solo una niña!».

»A lo que la reina, ruborizada, le espetó:

»—¡También yo esperaba encontrarme con un hombre y no con un mozo!».

»Avergonzado, el príncipe carraspeó y, engolando su voz, dijo:

»—No perdamos el tiempo y llevemos a cabo lo que hemos venido a hacer».

»La reina asintió ufana, pero, al ver que el chico desenfundaba un puñal, dio un paso atrás al tiempo que recordaba el consejo de su padre: “No te fíes hasta que el ritual haya concluido”. A la sa-

zón, introdujo una mano entre sus ropajes para palpar la pequeña daga que llevaba escondida y, mirándolo desafiante a los ojos, dijo:

»—¿Qué es lo que pretendes?».

»A lo que él respondió tranquilo:

»—Tú me dirás cómo se hace un pacto de sangre sin emplear un cuchillo...».

De repente, la música ambiental mudó su suavidad por unos acordes melodramáticos. Se oyó el fuelle de un acordeón. El narrador alzó su voz.

—Las palabras del rey muerto resonaron de nuevo en la mente de la niña: «Después del pacto, ya no habrá peligro, porque es sabido que quien lo vulnera queda deshonrado para siempre ante los ojos de su pueblo». A partir de esa evocación, la reina empezó a sentirse algo más aliviada. Se hallaba todavía sumida en sus recuerdos cuando el joven guerrero, hinchando el pecho para disimular su miedo, se infligió un corte limpio en la palma de la mano izquierda.

»—Ahora te toca a ti —dijo, acercándole el puñal».

»La niña dudó asustada, por lo que el joven se ofreció a auxiliarla.

»—¿Quieres que te ayude a hacerlo?».

»Ella ni siquiera respondió. Cogió el cuchillo tan apresuradamente que se hizo un corte brutal en la mano. Al ver que la sangre corría a borbotones, se puso a llorar como la cría que era.

»—¡Trae, corre! —dijo él, juntando su mano ensangrentada con la de la muchacha».

»Tras un buen rato apretando con fuerza, la hemorragia empezó a remitir. Después, con las manos todavía unidas, levantaron la vista; y aunque ahora sus ojos reflejaban cierta ternura, el ambiente se llenó de una fría solemnidad al pronunciar el príncipe las siguientes palabras:

»—Juro por mi honor que, mientras mi padre gobierne nuestras tierras, ninguno de sus súbditos osará levantar sus armas contra tu pueblo».

»Seguidamente, habló la reina:

»—Juro por mi honor y por la memoria de mi padre que, mientras dure mi reinado, ninguno de mis súbditos hostigará a tu pueblo».

»A continuación, mientras introducían sus manos en el río para lavarse, la reina añadió:

»—¡Que sea esta la última vez que el río se tiñe de sangre!

»—Que así sea —dijo el príncipe».

Empezaron a sonar aplausos, primero tímidamente y luego con más fuerza. Hasta algún «¡viva!» se oyó. La música se detuvo.

El falso viejo paró un momento para coger aire. Así dio tiempo a que los niños vieran cómo un enorme huevo de papel maché se posaba junto a la palmera en medio del teatro de marionetas. Justo en el momento en que un polluelo de ojos saltones rompía el cascarón y asomaba su cabeza de trapo, emprendió la recta final del primer acto.

—Más tarde, ya absolutamente distendidos, fijaron la fecha de la próxima cita en la isla. Estaban a punto de despedirse cuando el príncipe, sonriendo, hizo una inesperada pregunta:

»—¿Te gustaría ver el nido de una garza?».

»La reina, entre sorprendida y alborotada, dijo:

»—¿El nido de una garza?, ¿dónde?

»—Antes, mientras te esperaba, vi uno entre la maleza y de uno de los huevos estaba a punto de salir un polluelo —dijo el muchacho con entusiasmo, y añadió—: No es fácil ver uno.

»—¡Venga, enséñamelos! —dijo la reina alegremente».

»Los séquitos que esperaban en las dos orillas se quedaron anodados al verlos introducirse en la espesura. Pasó mucho tiempo. Con la espera, el nerviosismo creció hasta tal punto que empezaron a pensar en volver a sus respectivos poblados para dar el aviso. Entonces, por fin, los vieron salir. Iban juntos y muy pegados el uno al otro, y cuál fue su sorpresa al observar que ambos llevaban sus manos entrelazadas.

»Lo que, sin embargo, no pudieron apreciar a esa distancia fue el rubor de sus mejillas y el ardor de sus miradas. Y es que, aunque a muchos pueda parecerles insólito, lo que ese día se selló no fue solo un acuerdo de paz, sino también un secreto pacto de amor, quizá el más extraordinario de cuantos hayan existido nunca. Nadie sabe cómo pudo suceder, pero da igual, porque todo aquel que alguna vez ha sido tocado por el fuego de la pasión bien sabe de su naturaleza caprichosa e imprevista.

»Así que, tras una breve conversación de enamorados para concretar los detalles de su próximo encuentro, el príncipe, a modo de despedida, se arrodilló ante la reina, que, a su vez, posó una mano en su cabeza acariciándole el cabello. Después, partieron cada uno por donde habían venido y por los mismos medios.

»A partir de ese afortunado día, la paz reinó entre ambos pueblos.

Anticipándose a un nuevo arranque de vótores, el viejo, en tono solemne, alertó a su público:

—En vuestro lugar, yo no me precipitaría, porque de un día para otro todo puede cambiar...

No se oyó ni una mosca.

—Durante los dos meses siguientes, no se produjo ninguna re-friega entre ambos bandos, más bien todo lo contrario. Contagiados por el entusiasmo de sus jóvenes gobernantes, muchos empezaron a atreverse a hacer incursiones pacíficas en territorio enemigo. Mientras, la feliz pareja continuó reuniéndose en la pequeña isla, donde su amor fue creciendo día a día y donde empezaron a fraguar la idea de un futuro en común. Hasta tal punto creían en la concordia entre sus pueblos, que planearon levantar un puente sobre el río. Para ello, reunieron a los más expertos ingenieros y a un nutrido grupo de braceros, que tan de inmediato se pusieron a trabajar que en unas pocas semanas prácticamente habían concluido la obra.

»Pero unos días antes de la fecha señalada para la inauguración del viaducto, el padre del príncipe, que hasta ese momento se había mantenido en un discreto segundo plano, apareció en escena, y lo hizo de la forma más deshonrosa que quepa imaginarse. Con la connivencia de algunos soldados de alto rango, rompió el pacto de sangre que su hijo había sellado y llevó a cabo la más despreciable de las traiciones. Posteriormente, justificaría su felonía acusando a su propio hijo de usurpar su poder durante su enfermedad. Pero lo que nunca llegó a revelar fue que todo, incluso su repentina indisposición del día en que se selló la paz, formaba parte de una ignominiosa treta.

»El ataque fue brutal. Parapetado en la oscuridad de la noche, el rey y una cincuentena de sus más fieros guerreros atravesaron el puente en silencio. Luego, sigilosamente, se acercaron al poblado y, una vez allí, casa por casa, fueron pasando a cuchillo a todos y cada uno de sus habitantes. Tan cegados estaban los asesinos por la orgía de sangre, que tardaron un rato en darse cuenta de que sus víctimas solo eran mujeres y niños. Se acercaron entonces al palacio en el que vivía la reina y vieron que esta no estaba. El motivo de su ausencia era que había partido de cacería nocturna con todos sus guerreros sin ni siquiera dejar un retén de guardia, algo innecesario en esos tranquilos tiempos de paz.

»Habían exterminado a casi la mitad de la tribu cuando vieron, en la lejanía, el refulgir de las antorchas de los cazadores que regresaban, ante lo cual huyeron raudos. Cuando la reina y sus guerreros llegaron, se encontraron de cara con el horror. La noche se llenó de gritos de dolor. Todos gemían y maldecían a sus enemigos jurando venganza; todos, menos la joven soberana, que, en silencio, mientras veía caer el puente devorado por las llamas, solo alcanzaba a pensar que ya nunca más volvería a encontrarse con su amado.

Un par de niños de entre los más pequeños comenzaron a llorar desconsolados, más que por la tristeza de los hechos narrados, por el truculento espectáculo que en ese momento ofrecía el teatro de

guiñoles: una marioneta enorme y de facciones terroríficas blandía un cuchillo en una mano, mientras que en la otra sostenía dos diminutas y angelicales figuras. Para evitar más sobresaltos, la escena cambió de inmediato y fue sustituida por otra en la que aparecía el príncipe dentro de una jaula. Una vez calmados los ánimos de los críos, gracias a las mañas de sus madres, el Gran Matusalem prosiguió:

—A los pocos días, la joven reina se enteró de que el príncipe había sido encerrado por su propio padre en una lúgubre mazmorra. Pese a su descorazonamiento, no dio pie a que ninguno de sus súbditos le reprochara debilidad, porque, de inmediato, lideró una escaramuza contra sus adversarios y, luego, otra y otra, a cuál más sangrienta y cruel. Y siempre cobrándose alguna víctima: hombres, mujeres, viejos o niños; daba lo mismo. El odio, como un vil parásito, se había aposentado en los corazones de ambas tribus, pero, esta vez, lo había hecho para siempre.

»Al regreso de una de sus incursiones, la joven reina escribió con letra apretada un mensaje en un trozo de papel. Lo dobló en cuatro hasta convertirlo en un cuadradito de apenas dos centímetros y le puso un lacre. A continuación, llamó a su siervo más leal y le dio instrucciones y dinero en abundancia para que se lo hiciera llegar a su prometido.

»Algunas horas después, uno de los carceleros del príncipe le chistaba para llamar su atención e introducía su mano entre las rejas de la mirilla de la prisión dejando caer el minúsculo escrito. El heredero del trono lo recogió del suelo y, tras quitarle con las uñas el sello de cera, lo desplegó y lo leyó. La nota decía así: “Amado mío: Mi vida se detuvo la noche en que el destino nos desunió. Pero hoy mi corazón ha vuelto a latir, porque he encontrado la forma de que podamos volver a estar juntos. A partir de mañana mismo, empezaré a fraguar un plan para construir un pasadizo secreto bajo el río que lo atravesará de orilla a orilla. Solo así, de esta manera, podremos burlar la estrecha vigilancia a la que ambos pue-

blos hemos sometido a su cauce. Será un trabajo lento y laborioso, pero no desfalleceré. Cuando el túnel esté concluido, a más tardar en un par de años, te haré llegar las instrucciones para atravesarlo y poder así reunirnos de nuevo. Ten confianza y aguanta el sufrimiento, porque después ya nunca nada ni nadie podrá separarnos”.

»En un primer instante, el príncipe se quedó desconcertado. Pero, poco a poco, su situación desesperada le llevó a aferrarse cada vez con más ahínco a la posibilidad del éxito del plan, por extraño que este pudiera parecer. En un futuro, la fe en su amada le serviría para sacar las fuerzas de flaqueza necesarias con las que enfrentarse a una larga lucha por la supervivencia; aunque, en ese momento, ni por asomo se imaginaba lo mucho que habría de padecer.

»Al día siguiente, tal como había prometido, la reina comenzó a planificar la edificación de la mayor obra nunca imaginada y, sin lugar a dudas, la más misteriosa de todas. Tal sería su inmensidad, que hasta las pirámides de Egipto y la Gran Muralla china palidecerían a su lado. Tan fabulosa construcción pasaría a la historia de la humanidad con el legendario nombre de... ¡el pasadizo de la reina!

João dio un respingo en su asiento y sus ojos se abrieron de par en par. Cayó el telón. Una voz en *off* anunció un breve descanso antes del comienzo del segundo acto.